

mejor tesoro que poseía. Si los perdiera, su vida sería una miseria, una noche sin luceros, un campo sin flores, una corriente de agua oscura, sin reflejos ni marmullos.

Y el caso era que el robo debía de ser de gran calidad. No pierde el sentido un joven, y un joven como nuestro héroe, por unos cuantos duros menos. El robo tenía que haberle llegado al alma.

Volvió en sí á cabo de un rato. Lanzó un largo suspiro, y se puso de pié, mirando á todas partes.

—Vamos, señorito, valor.—volvió á decir el guardia.—Diga usted, á lo ménos, quién le ha robado

—Allí está mi ladrón,—repuso el mozo, señalando con el dedo hácia un grupo, donde predominaban las mujeres.

Se aproximó el guardia al lugar indicado, y allí reiteró su pregunta:

—¿Quién es el ladrón?

—El ladrón... es esa señorita,—dijo el robado.

Y mostró la joven de los recuerdos.

—Dios santo! ¡Qué escándalo se armó entonces!

Todos se separaron de allí, temerosos de una nueva ratería, dejando sola á la acusada, en compañía de su madre.

Esta no supo al principio articular palabra. ¿Era posible que su hija, que sólo se ocupaba en leer versos, se dedicase en público á semejantes infamias? ¡Qué vergüenza!

—En fin, señora, señorita,—dijo el guardia,—¿qué dicen ustedes? Ese caballero...

—Ese caballero,—interrumpió la mamá, ya en el libre, en el libérrimo uso de la palabra,—ese caballero está loco.

—No lo estoy,—repuso el joven con acento triste.—Su hija me ha robado.

—Pues bien, ¡á la cárcel!—gritó ya impaciente el guardia.

—Pero, ¿qué se ha figurado usted, gaza-piro?—rugió la madre.—¿Nosotras, ladronas?

—Nosotras, esposa ó hija de un fabricante de pan, que nunca lo dió falta de peso? ¿Qué co-guera padece hoy la autoridad, cuando desconoce las personas de honor que transitan pacíficas é higiénicamente por los paseos?

Entretanto la señorita inculpada de robo había permanecido callada.

Tranquila, erguido el fino talle, levantada la blanca frente, risueños los dulces labios, no quitaba los ojos serenos, á par que fulminantes, del joven que le atribuía acto tan vituperable como un robo.

En fin, de su hermosa boca salieron estas palabras:

—Pero diga ese caballero qué es lo que le he robado.

—A la vista está,—repuso el pollo, en medio de un suspiro.—Me ha robado lo que ya nunca podrá ser mío. ¡Me ha robado el corazón!

—Pues mi corazón será suyo,—murmuró la ideal señorita, dejando ver en sus mejillas el beso suave de dos rosas.

Y así, la autora de aquel robo, en vez de ir á la cárcel, fué á la Vicaría.

JOSÉ DE SIRES.

EL TELEGRAMA.

CUANDO el teniente de navío Enrique Robelin supo que su buque, el Francisco Garnier, formaba parte de los refuerzos que debían ser enviados á China, pensó en su mujer y en su hijo, y esta idea turbó en cierto modo la alegría que le ocasionaba el ver realizado su deseo ir á ganar su grado de capitán de fragata.

Hacia algunos meses que su hijo Marcelo, niño de tres años, estaba enfermo á consecuencia de su delicada constitución.

Berta Robelin, la esposa del teniente, esperaba la noticia y quiso mostrarse valerosa.

—¿Cuándo partes?—le preguntó resuelta.

—Dentro de quince días.

—Papá—balbuceó Marcelo,—¿me llevas á China?

El marino vivía en Tamaris, cerca de To-

lon, y cierto día, al regresar á su casa en compañía de su mujer y de su hijo, éste se agravó de un modo terrible en su enfermedad.

Ni el padre ni la madre durmieron aquella noche.

El Garnier salía á fines de la semana, y los esposos contaban materialmente las horas.

—¿Le salvará usted, doctor?—preguntaban ansiosos al médico.

—Sí—contestaba éste.

Pero semejante afirmación no les satisfacía.

Marcelo estaba cada vez más débil y delicado.

—Mañana salimos—exclamó de pronto Enrique.

Berta lanzó un grito de terror.

—No partes, Enrique—dijo á su marido—no partes!

El marino salió de su casa con objeto de solicitar su desembarque; pero al hallarse en el jardín se detuvo. Mandaba un buque, había recibido órdenes y su retirada era una deserción.

Estas reflexiones le hicieron desistir de su propósito, y le obligaron á entrar de nuevo en su domicilio.

El Francisco Garnier levó anclas á la hora convenida, y cuando hubo salido del puerto, el capitán buscó más allá del golfo la quinta de Tamaris, donde había dejado toda su vida.

Divisó en el balcón una silueta y una mano que agitaba un pañuelo.

Pero la visión fué brevísima.

Tal vez había tosido el niño y la madre se había visto precisada á retirarse bruscamente.

Cuando el oficial entró en su camarote cogió un calendario lleno de marcas hechas con lápiz, cada una de las cuales indicaba una escala, ó la que se lo mismo, el punto donde debía recibir un telegrama.

Momentos antes de partir había dicho á Berta:

—Sucedá lo que sucedá, envíame un telegrama á cada uno de los puertos donde habré de detenerme. La palabra esperanza, significará que hay mejoría, y la palabra valor significará...

Un sollozo le cortó la frase.

Subió luego al puente á dirigir las maniobras y procurar distraerse con sus compañeros, procurando después inventar todo género de trabajos y fatigas para amortiguar sus terribles angustias.

Al fin llegó el buque á Port Said.

“Esperanza,” decía el telegrama que aguardaba, pero era de la víspera y ya deseaba con ansia recibir el otro.

El de Aden decía lo mismo, y luego el de Saigon “Grandes esperanzas.”

El Garnier llegó de noche á Hong-Kong.

Enrique corrió á tierra en busca de noticias. Pero la estación telegráfica estaba cerrada y no pudo pedir el despacho hasta el amanecer.

“Gran mejoría—decía el telegrama.—Marcelo se ha salvado.”

No hay palabras con que describir la loca alegría del pobre marino, que á los pocos días era víctima de otra fiebre no ménos cruel: la fiebre del combate.

Enrique Robelin se distinguió de un modo extraordinario en cuantas operaciones se le encomendaron, y llegó á apoderarse de una fragata china sin haber recibido ni un solo rasguño.

A los pocos días le llamó el almirante para notificarle la contestación que por telégrafo había remitido el ministerio á su propuesta de recompensas.

—Robelin—le dijo—reciba usted mi enhorabuena. Es usted capitán de fragata.

Enrique abrazó al almirante y se dirigió á su buque, con objeto de enviar un telegrama á Berta, por más que ésta supiese ya la noticia por medio del DIARIO OFICIAL.

Los subalternos felicitaron al capitán, cuyo asistente Noelic llevaba en la mano dos pares de galones.

—Yo mismo—exclamó el marinero—voy á cosérselos á usted, mi comandante.

Después entró Robelin en su camarote, donde encontró el correo de Francia, el correo de Tamaris, que le habían traído durante su ausencia.

Cogió la carta de Berta y la abrió. En aquel momento llamaron á la puerta:

—¿Un telegrama, mi comandante!

El marino se puso pálido y tembloroso, se pasó la mano por la frente y lleno de terror, leyó en alta voz: arcelo Mrecaido. Perdido. Valor.

—Dios mío!—gritó Robelin cayendo de espaldas sobre su lecho.

—¿Qué es eso, mi comandante? ¿Se ha puesto usted malo?

Enrique se incorporó sin saber le que hacía; volvió á leer el despacho y abrió la carta de Berta, á la conclusión de la cual leyó en voz alta estas palabras escritas por Marcelo:

“Papaíta de mi vida, desde que estoy bueno mamá me ha enseñado á escribir para que te escriba yo solo, que te quiero mucho y que estoy muy triste sin tí...”

—Noelic! Noelic!—exclamó el marino rompiendo á llorar y abrazando á su asistente.

—¿Ha muerto!... ¿Ha muerto mi pobre hijo!

Y mientras el marinero le sostenía, sin soltar las insignias, el comandante Robelin derramó abundantes lágrimas, que iban cayendo presurosas sobre los galones del héroe.

PAUL BONNETAIN.

A UNA ROSA... UN CORTO DE VISTA.

¡Vedla allí... ¡Vedla allí pura y lozana! Aspirad de su esencia embriagadora!... Miradla del verjel reina y señora, Mecidiéndose en su tallo... ¡Cuán galana!... Abre su casto broche á la mañana... Puro el rayo del sol sus hojas dora... ¿A quién esa belleza no enamora? ¡Oh rosa, de las flores soberana!

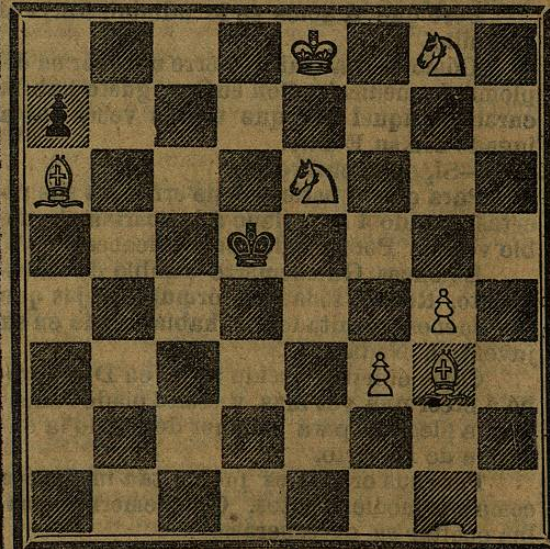
Así un corto de vista repetía Teniendo más de ciego que de vate, Hasta que uno, que el paso le seguía, Admirado de tanto disparate, Le dijo destruyendo su alegría: —Pero hombre, ¿no ve usted que es un tomate?

IGNOTUS.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solución del problema publicado el domingo pasado.

1. T 3 A R—C toma T—2. D 7 T ♣♣.—Dos variantes.

Actualmente están jugando los aventajados ajedrecistas M. Márquez Sterling y E. Keys, un MATCH en la casa del Dr. Falero; oportunamente transcribiremos á nuestros lectores algunas de las partidas de tan interesante contienda.



Tomo III.

México, Domingo 8 de Octubre de 1893.

Núm. 116

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXV

Aquel recuerdo me llenó de tristeza. Vinieron á mi memoria las alegrías de los quince años, las fugitivas amarguras del primer pesar, la tortura congojosa del primer desengaño.

¡Miseria humanidad en la cual todo se muda y perece! No persisten en ella ni dichas ni dolores; la más intensa alegría se disipa como la niebla; el afecto de hoy se ve traicionado por el afecto de ayer, afecto que creíamos muerto y que de pronto revive en el alma fuerte y activo; el dolor, con el cual llegamos á encariñarnos, del cual nos abrazamos perdida toda esperanza de volver á la dicha, deseosos de vivir para él, sólo para él, pasa y se va, huye y no vuelve, nos deja para que brisas de ventura, de una ventura fugaz y efímera también, vengan á refrescar nuestra frente y á reanimar el desmayado corazón.

La noche era magnífica, una de esas noches de Villaverde, tibias y benignas, sin nubes ni celajes, en que los astros centellean como diamantes, en que los vientos traen á la ciudad el rumor de los campos adormecidos, los cantares del pererozo río, los gratos perfumes del valle. El agua corría dulcemente por el enmidero del pilón, y, en la espesura del jardincillo, el huelo de noche balsamaba el espacio con el penetrante aroma de sus flores tardías. Al pie de los muros y en torno de la fuente, las últimas maravillas prodigaban, como en las noches otoñales, la esencia navísima de sus caducas corolas. Orión fulguraba espléndido; Sirio brillaba apacible co-

mo una lágrima de oro; Aldebarán ardía purpúrea; la cerúlea Capella parpadeaba melancólica, y allá por el sud, joya sin par de las regiones australes, resplandecía Canopo con irradiaciones azules, blancas y rojas. En suma: hermosísima noche, una de esas noches ante las cuales se dilata el alma y se ensancha el corazón; en que el pensamiento vuela de estrella en estrella, y en que olvidados de las miserias de la triste vida terrena, quisiéramos volar y subir hasta más allá de los últimos astros, para perdernos y abismarnos en las soledades misteriosas del éter.

Me puse de coños en el alféizar, y allí pasé la noche, solo con mi dicha y mis recuerdos. El constelado firmamento hacíagala de sus palidos fuegos, la tierra dormía silenciosa, y de cuando en cuando se oía á lo lejos el ladrido de un perro ó el canto de un gallo.

Recordé cosas y sucesos pasados; invoqué memorias dolorosas de la niñez, pesares y amarguras infantiles; los tristes días de colegio, las melancolías del primer amor. Uno á uno desfilaron delante de mi parientes cariñosos, fieles servidores, amigos nunca olvidados. Al repasar las páginas del librito de mi vida, me pareció que iba yo recorriendo larguísima y desolada calle, entre dos hileras de tumbas, que aquí y allá blanqueaban á la sombra de los sauces y de los cipreses.

La felicidad y el bienestar de mi familia en tiempos mejores vino á sonreírme, á lastimar con sus alegres memorias mi dolorido corazón. Antes abundancia, respetos, halagos, lisonjas. Ahora pobreza, desconfianza, menoscupio, olvido... ¿Dónde estaban los ami-

gos de mis padres? No quedaban más que dos: el bondadoso médico y el desgraciado dómine...

Pensé en los días felices de mi primer amor. Entonces surgió ante mis ojos, blanca figura de mujer. Esbelta, pálida, vaporosa, ideal, aquella imagen querida venía á recordarme olvidados juramentos, promesas no cumplidas. Triste, doliente, llorosa, parecía decirme:—Me ofreciste tu alma y tu vida; me ofreciste tu corazón, y se le diste á otra... ¡Ingrato!

Y aquella voz tenía el timbre de la voz de Angelina. La visión desapareció arrebatada por una ráfaga del viento matinal que pasó estremeciendo las copas de los naranjos y columpiando los floripodios.

¡Locuras de muchacho! ¡Delirios de ardorosa fantasía! ¡Presentimientos de una alma tímida, de un corazón inconstante!

Sentí anhelo infinito de que aquel amor que llenaba mi alma fuese el último de mi vida; deseo firmísimo de vivir sólo para Angelina, sólo para ella; deseo vehementemente de ser bueno para merecer el amor de la modesta niña; para gozar, como de cosa propia, de la hermosura de aquel cielo tachonado de luceros, de las mil y mil bellezas que la noche tenía cubiertas con sus velos, y que dentro de breves horas, al clarear del alba, aparecerían en toda su magnificencia; que sólo á condición de ser bueno me sería dable gozar del supremo espectáculo de la naturaleza, de modo que se me revelaran todos sus encantos, y no fueran arcanos para mí la dulce melancolía de una tarde de otoño, ni la risueña ale-